

á tomar la iniciativa, se convendrá en que Francia, en la época en que hablamos, estaba dispuesta de modo que las operaciones preliminares de Turgot, sobre todo suponiéndolas secundadas por el estado próspero de la hacienda, bastaría á dejarla satisfecha. Su política activa, así preparada, se hubiera manifestado, pues, tranquilamente y sin ruido. Además de que el rey, en vez de negar á la Asamblea nacional los cambios ya necesarios en la constitución de la monarquía, la hubiera convocado, en esta hipótesis, para proponérselos. Pero ¿esta constitución enteramente monárquica, hubiera obtenido el sufragio duradero de la clase média? ¿Verse en el Estado sin rivales le pareciera á esta suficiente ganancia, una vez libre de la superioridad de la nobleza y el clero? ¿No aspiraría, despues de la primera victoria, á atraer á sí el principio del poder, y á triunfar del rey, despues de vencer á los señores? Lo creemos tanto mas fácilmente cuanto que parece inherente á la esencia misma de la clase média formar donde quiera y en cualquier tiempo un poder envidioso, impaciente de dominio y absoluto. Es, pues, muy probable que la constitución municipal de Turgot, desviándose naturalmente de la intencion de su autor, si no en vida de Luis XVI, á lo ménos en el reinado de uno de sus sucesores, se habría cambiado en la constitución que rige hoy la Francia, y en la que claramente se ve la supremacía de la clase média. Pero si Francia hubiese llegado de ese modo á aquella especie de oligarquía que conviene al estado actual del saber y de moralidad de la nacion, la responsabilidad de Turgot, aunque no se considere la Revolucion francesa bajo un aspecto muy elevado, no perjudicaria á su memoria, pues Francia habria alcanzado igualmente su presente estado, y con muchos ménos sacrificios sangre y dolores.

Resulta, pues, que esta política, aunque tenga su lado débil, en atención á que no era posible que la autoridad real sin nobleza ni clero conservase largo tiempo la supremacía sobre los ciudadanos, fué inspirada, sin embargo, por el sentimiento del carácter de Francia, que es justamente una nacion monárquica; porque el pueblo, como lo demuestra la experiencia, ha gustado siempre de verse reflejado en una persona gloriosa, complaciéndose en contemplar esta gloria, que de él procede; hasta el punto de haber amado largo tiempo sus reyes hereditarios, aun los mas medianos, á falta de representantes mas dignos. Turgot, pues, se mantenía fiel á la tradicion francesa, queriendo conservar á la nacion un jefe supremo; pero, sin lanzarse al porvenir, comprendía toda la nacion en la clase média, y para la personificación de la autoridad soberana no ideaba otro medio, fuera de la herencia. Consecuencia inevitable de esta falsa constitución, hija de una falsa economía política, era la usurpacion de la autoridad soberana por la clase privilegiada, el

desórden administrativo y la pérdida de todas las ventajas que ofrece el gobierno unitario. De modo que, en conclusion, el defecto radical de este cambio consiste en omitirse la clase asalariada, sin la cual la clase de los propietarios carece de equilibrio, exagera su papel, y no es mas que una corporacion. De una nota añadida á la *Memoria al rey* aparece que Turgot habia sospechado este inconveniente fundamental de su proyecto. « Hubiera deseado (dice su amigo) que á esta constitución se agregasen providencias de tal índole que ofreciesen clara y entera garantía de la libertad de las personas, de la industria, del comercio y de toda propiedad mueble á los hijos del país y á los habitantes que no poseyerán bienes territoriales, y cuya prosperidad es la única promesa de una activa y eficaz competencia en el cultivo del terreno, en las fábricas, en las manufacturas, en todos los medios interiores y exteriores de aumentar valor al país. » Si se compara el proyecto de Turgot con el primer período de la Revolucion francesa y con la constitución actual de Francia, podrá considerarse la citada nota como un oscuro compendio de la segunda parte de aquella Revolucion y de los cambios que son menester ahora, para continuar el progreso normal de la Francia. Creemos que en el ensalzamiento de la clase asalariada llevará Turgot la razon contra la oligarquía de la clase média, en lo que respecta á una suprema magistratura que representa todas las clases de la nacion con igual título, y digna de respeto por la ilustre persona elegida para desempeñarla.

Cualesquiera que fuesen los resultados ulteriores de la tentativa de Turgot, de hacer pasar á la Francia, sin sacudimientos, del antiguo régimen al nuevo, exigido por la condicion de las costumbres, es lo cierto que sus primeras medidas excitaron el general entusiasmo en toda aquella parte de la nacion no maleada por el egoísmo ó por las preocupaciones... Es verdad que este entusiasmo no tuvo la fuerza necesaria para impedir que el ministro cayese, ó para volverle á elevar; pero conviene no perder de vista que el público no conocia aun toda la extension de los planes de Turgot, ni era posible la conociesen sino los entendimientos mas ilustres. « No sé » lo que hará, decia Voltaire, pero sí que hará lo contrario de lo que se ha hecho hasta aquí. » En una oda dedicada en 1775 á Turgot, el ilustre anciano, comparando lo pasado con lo presente, y entregándose á la esperanza, saludaba la aurora de un nuevo dia; este cambio político le parecia completar la Revolucion, y olvidando la dificultad con que los pueblos mudan de forma, cantaba en medio de su transporte, como Virgilio, la restauracion de los tiempos:

La aurora fúlgida luce
Anunciando un nuevo dia;
El genio del mal ha muerto,
La tierra se reanima.

El nombramiento de Turgot para ministro le causó tal alegría que el mismo Turgot, en su delicada posición, tuvo que rogarle la moderarse. En 1778, en la embriaguez de su triunfo, se le vió adelantarse hasta el ministro caído, cogérle la mano, y exclamar con una voz ahogada por las lágrimas: « Dejarme besar esta » mano que ha firmado la salvación del » pueblo. »

Pero cuanto mas se alegraba el partido liberal de una política tan diferente de la seguida hasta entónces en los consejos del rey, tanto mas disgusto mostraba el partido contrario. La nobleza amenazada en su existencia, el clero en sus inmunidades, los cortesanos en el goce de los favores, los rentistas en el origen de sus ingresos, el parlamento en sus tradiciones, la administración en sus hábitos y en sus principios considerados como los mas sabios, una parte también del tercer estado descontento con la abolición de los monopolios; finalmente, todos los enemigos de Voltaire y de los filósofos formaban una liga, contra la que era imposible resistiese Turgot. Maurepas, al llamarle al ministerio, no creyó que promovería tantas innovaciones, y á la misma mano que le habia elevado le era fácil abatirle. En vez de moderarle, le dejó seguir adelante en un camino que hubiera necesitado mas cautela, con objeto de que irritase á todos los que debían resentirse de sus reformas.

Entónces se levantó en la corte un grito contra el contador general, y Luis, seducido al principio por los buenos sentimientos que en él veía, no tardó en arrepentirse de su ceguedad y en mudar de dictámen. Habia esperado que Turgot restaurase la hacienda; pero se le mostró que en las cuentas de 1776 habia aun un déficit, aduciendo este resultado como prueba de que el ministro habia salido mal en su intento. Recibia además cartas en que se pintaba á Turgot como un ambicioso, cuyo designio era trastornar el Estado, lo cual tenia cierto fondo de verdad. Por último el rey, que hacia algun tiempo le ponía mala cara, formó su resolución. En el consejo, habiéndole pedido permiso Turgot, segun costumbre, para leer una *Memoria* destinada á aclarar un punto importante, exclamó Luis XVI: « *Otra Memoria mas!* Concluida la lectura, le preguntó: « *Habéis acabado?* » Y al oír la respuesta afirmativa de Turgot, dijo: « *Tanto mejor,* » y se marchó en seguida. Á las dos horas recibió el ministro el decreto destituyéndole, decreto que no era, dice Monthyon, cual debia esperarlo un hombre á quien el rey habia dicho pocos meses ántes: « Vos y yo somos los únicos » cos que amamos verdaderamente al pueblo. »

Así se desmoronó, por la debilidad de la base, tan hermosa y filosófica empresa. La reacción fué pronta; nuevos decretos, contrarios á los expedidos por Turgot, borraron en un momento

toda huella suya. Se revocaron los edictos sobre los gremios y las servidumbres personales; se interrumpieron las operaciones rentísticas, y se dió al olvido la política preventiva. El banquero que le sucedió, aunque ménos político y amante de reformas, corrió en breve la misma suerte. Solo en tiempo de Calonne empezó la corte á respirar, viéndose por fin al gabinete del rey seguir plenamente las tradiciones de Luis XV; la convocatoria de los notables, decretada por Calonne, precipitó la Revolucion. La muerte que sorprendió á Turgot, á fines del primer ministerio de Necker, le impidió ser testigo de las principales consecuencias de esta reacción; pero pudo anteverlas. « Experimentó mas dolor (dice Condorcet) con la revocación de los edictos sobre servidumbres personales y gremios que con la pérdida del ministerio. » Hasta entónces habia creído que el bien que habia proyectado se realizaria al fin; y como estaba ya abolido todo lo que afligia mas al pueblo, se consolaba pensando que los progresos de las luces, aunque mas lentamente, traerian consigo los cambios, cuya utilidad conocian todas las personas ilustradas, y que al cabo sería conocida de la generalidad.

Turgot, al retirarse, escribió al rey una carta llena de los mas elevados sentimientos políticos, y algunos trozos son verdaderamente proféticos: « Deseo podáis creer siempre que he juzgado mal, mostrándoos peligros quiméricos. Hago votos por que el tiempo no me justifique, y por que vuestro reinado sea siempre feliz para vos y para vuestros pueblos, correspondiendo á las esperanzas que les hicieron concebir vuestros principios de justicia y de beneficencia. » Si Luis XVI se acordó de esta carta, cuando la Francia, en vez de las pacíficas asambleas propuestas por Turgot, impelida de la necesidad, acudió á aquella grande y terrible Convencion, ¿cuál no debió ser su sentimiento! Sentimiento superfluo y quizá mal fundado; porque ¿hubiera sido posible extirpar de Francia, sin mas medios que los pacíficos propuestos por Turgot, las viejas raíces del feudalismo? Solo lo sabe la Providencia, supremo árbitro de los cambios políticos. Pero suponiéndolo posible, se habria necesitado un rey que igualase por la fuerza de su carácter á Luis XIV ó á Napoleon. La Providencia hubiera debido hacer este presente á la Francia, si en sus designios, por una razon profunda de utilidad, no hubiese entrado la Revolucion. Pero aunque reconozcamos los inmensos, si bien costosos beneficios de la Revolucion, no neguemos á Turgot nuestra admiración sincera. Procurando efectuar tranquilamente las mejoras de que creía capaz á la Francia de su época, hizo lo que cumple á todo filósofo amante de los hombres y de la perfección de las naciones. Los sabios deben tratar de descubrir anticipadamente las señales de los tiempos, y ayudar á los pueblos á verificar sus cambios con ma-

durez, y sin caer, por falta de prevision, en la dura necesidad de las guerras civiles, de los suplicios y de las reacciones. No desvainemos las espadas ántes de haber agotado todos los medios de conciliacion; pues cuando sobrevienen esos sacudimientos espantosos, á que

es fuerza resignarse, si la salvacion de la humanidad exige absolutamente la guerra, entónces ha concluido la mision del filósofo, y se abre la escena á los hombres fatales.

J. REYNAUD.

NÚM. XXXIII

WASHINGTON.

(1606-1800.)

Mientras la Italia, que tuvo una gran parte en el descubrimiento de América, no ha conservado allí ni un palmo de terreno, se nos adelantó la Inglaterra que no habia contribuido casi en nada, y cuya indiferencia en los nuevos descubrimientos consistió en sentirse enteramente débil en los mares, en presencia de los Españoles y Portugueses, y por no querer mover celos que hubieran podido dañar á sus especulaciones mercantiles. Pero la reina Isabel, cuando se enemistó con Felipe II, pensó vengarse y humillarle compitiendo con él en los países setentrionales del Nuevo Mundo. Aunque muy feraces y propios estos para el cultivo, no producian, sin embargo, metales preciosos, que eran únicamente los que entónces se consideraban como riqueza, y en donde despues se trató de atraer colonos con privilegios que ninguna nacion moderna habia concedido; pero el valor y la golosina no bastaban para vencer las dificultades del país inculto y de los Indios.

Formáronse mas tarde dos Compañías, una en Lóndres y otra en Plymouth, que crearon allá establecimientos favorecidos por Jacobo I, quien planteó aquel gobierno monárquico que le embarazaba en Inglaterra, y se edificó James-Town en 1606. Siendo poco numerosos y en medio de Indios, no supieron permanecer unidos; principiaron los enredos, tramas y robos, hasta que puso órden y supo insinuarse entre los Indios, ora tratando con ellos, ora haciéndoles la guerra, el aventurero Juan Smith. Viendo que la colonia prosperaba, aunque en vano se buscó el oro, la Compañía envió allí mas gente, y el rey instituciones mas liberales, pero el descomedimiento y los Indios todo lo destruian. Poco á poco, sin embargo, fueron perdiendo el miedo estos; se fué mejorando el cultivo desde que se asignó á cada uno un terreno propio; se introdujo el tabaco y los Negros para cultivarlo, y disminuyendo el monopolio,

los libres y ya ricos colonos pidieron y obtuvieron un estatuto á la manera inglesa. Las espléndidas ganancias que se sacaban del tráfico del tabaco atraian aventureros; las doncellas honradas enviábanlas allí para que se casáran; alguna gente ruin que tambien mandara Smith mejoró de vida, y todo en fin prosperaba, si bien una trama urdida por los Indios estuvo á punto de exterminar la colonia, de la cual muchos fueron asesinados.

Perseguido mientras tanto lord Delaware por la intolerancia puritana en Inglaterra, y por católico en la colonia, obtuvo en 1632 un vasto territorio á orillas del Potomak, que fué poblado de Católicos, y que se llamó la *Marilanda*, del nombre de Nuestra Señora. Por medio de la dulzura, de la humanidad y de la justicia, fueron estos ganando el corazon de los Indios, y florecian en paz con gobierno á la manera inglesa, regidos atinadamente por Carlos Baltimore. Calvert, que dictó leyes á Marilanda, fué el primero en el mundo que estableció la perfecta libertad de conciencia; y de la paridad de todas las sectas cristianas hizo la base del nuevo estatuto.

La Compañía de Plymouth habia echado en 1607 los cimientos de la Nueva Inglaterra. Ciento veinte puritanos fueron á buscar allí la tolerancia que no podian obtener en Europa, y en 1620 compraron á los Indios un territorio en donde edificaron la Nueva Plymouth. Hallábanse en penosa y misera condicion, si bien contentos por ser libres y verse sustraídos á la religion y política de Europa, dándose una constitucion enteramente democrática; pero la comunidad de bienes quitaba aquellos impulsos personales que necesitá la industria para prosperar.

Otros puritanos, perseguidos por Carlos I, fundaron sobre el Massachusset la ciudad de Salem en 1621, y luego Charlestown con gobierno inglés, pero poco tranquilos de las su-premacia política y eclesiástica del rey. Memorable es el acta de aquella fundacion. « Nosotros, » los que abajo firmamos, que para gloria de » Dios, incremento de la fe cristiana y honor de